

INÉS PLANA

LO QUE NO
CUENTAN LOS
MUERTOS



ESPASA

INÉS PLANA

LO QUE NO CUENTAN LOS MUERTOS



ESPASA

© Inés Plana Giné, 2021
© 2021, Editorial Planeta, S.A.
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 16.403.2021
ISBN: 978-84-670-6286-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO I

La vida. Se acabó su poesía. Minutos antes, Rita les estaba contando a sus amigas que temía haberse dejado en el hotel de Koh Lipe su camisón de raso y encaje. No se recordaba a sí misma colocándolo en la maleta. Le dolía perderlo, era un regalo de su marido. Esas eran las cosas con las que entretenía su existencia, las que carecían de importancia, pero a las que ella dotaba de una intensidad inmerecida. Sus palabras sobre aquel camisón fueron las últimas que escucharon sus amigas Tere, Anabel y Mimi antes de morir. Tampoco esa bandada de pájaros que impactó contra los dos motores del avión sabía que aquel sería su último vuelo: los engulleron las palas de las turbinas, se oyó un ruido semejante al de una batidora triturando piedras, se desencajaron las piezas del engranaje y los motores dejaron de funcionar. Primero uno, y el aparato viró bruscamente hacia la derecha; después el otro. Sin potencia ninguna, el avión planeó erráticamente sobre una zona boscosa y se estrelló. Se partió en dos tras el impacto contra el suelo, justo en el área del pasaje donde viajaban Rita y sus amigas. Los asientos de aquella fila salieron disparados hacia el exterior. Instantes después, se incendió. El avión acababa de despegar del aeropuerto de Hat Yai y los tanques estaban llenos de queroseno. Rita no recordaría lo que ocurrió durante esos minutos finales, el desconcierto, el pánico, la certeza de una muerte segura, la esperanza vana de la salvación, las maletas cayendo sobre las cabezas de los pasajeros, los gritos mezclados con el sonido electrónico de las alarmas, las ramas de los árboles arañando las

ventanillas, las miradas de terror que intercambió con sus amigas sin cruzarse entre ellas palabra alguna, sintiendo en sus cuerpos la violencia de la caída en vertical, enmudecidas ante lo inevitable. Todo eso su cerebro lo transformó en oscuridad, como si un interruptor hubiera apagado de repente el mundo.

Rita Marí despertó en las tinieblas, entre un humo negro que olía intensamente a combustible, en medio de un paisaje de oscuridad y árboles arrasados. Era como si pasara entre los mundos extraños de los sueños y la hubiera apresado una pesadilla. Pero sentía físicamente su ser, existía, se palpó el rostro, que le devolvió las palmas de las manos enrojecidas de sangre. Miró su cuerpo, también ensangrentado, encajado en el asiento del avión que las iba a llevar a la ciudad tailandesa de Chiang Mai. Oía gritos a su alrededor, los de quienes agonizaban, porque aquellos sonidos humanos se fueron diluyendo en el aire hasta desaparecer. Sus amigas. ¿Dónde estaban? Las llamó con una voz débil encerrada en un suspiro. «Tere, Anabel, Mimi...». Alzó la cabeza y expulsó de su garganta un grito que a la vez era lamento. Al bajar la vista, vio cómo manaba sangre de su pierna derecha, a borbotones. Una barra de hierro estaba hendida en medio de su muslo izquierdo. Se desangraba. No había nadie que la socorriera. Esa era la soledad que nunca había experimentado, la de la desolación de morir abandonada.

El joven militar español Eduardo Molaro también fue lanzado encajado en su asiento. Cuando abrió los ojos pensó que estaba en la guerra, en un paisaje devastado por bombas. Un golpe de viento disipó una de las densas columnas de humo negro y comprendió qué había sucedido al ver los restos del avión, un gigantesco montón de chatarra humeante en la que aún persistían las llamaradas del incendio.

«¡Malai! ¿Dónde estás?», gritó, se desesperó. Su esposa. Viajaban de luna de miel. Se habían casado hacía dos meses. Debía buscarla, pero el reposabrazos del asiento, o lo

que quedaba de él, le había atravesado su rodilla derecha. Estaba tan inflamada que parecía una pelota. Intentó mover la pierna unos milímetros. El dolor tan penetrante de los huesos machacados casi le deja sin respiración. Había sangre en sus brazos, pero no sabía de dónde procedía. Miró a su alrededor, buscando al amor de su vida. Viajaban uno al lado del otro, recordó que habían entrelazado sus manos y se habían besado antes de despegar, pero su mente no se abría a ninguna imagen de lo que sucedió después. Si el avión había escupido su asiento al exterior, también lo habría hecho con el de Malai. La buscó con la mirada, entre aquella nieve negra que enturbiaba el aire. Todavía llevaba puesto el cinturón de seguridad, posiblemente le había salvado la vida, posiblemente a Malai también. Se desabrochó la sujeción e intentó ponerse en pie, pero sintió tal desgarró en su pierna herida que tuvo que sentarse de nuevo. Debía inmovilizar la rodilla, y lo hizo con una de las hojas de palmera que le rodeaban. Su asiento estaba en medio de la naturaleza aniquilada. Ramas caídas de los árboles, helechos rotos, pájaros muertos, orquídeas silvestres arrancadas de cuajo a la tierra, pero que aún conservaban su forma y color, los fucsias, los azules, como si la belleza se resistiera a perecer en aquel paisaje apocalíptico. Usó una parte de aquella recia hoja de palmera, también el cinturón de su pantalón y una manga que le arrancó a su camisa; con todo ello el militar entablilló su rodilla, lo hizo con cuidado, para no rozar el reposabrazos y lesionarse más. Con un movimiento rápido y doloroso, aunque menos que el anterior, se liberó del asiento, se sentó en el suelo y se arrastró hacia los árboles que tenía a su espalda, árboles gigantescos cuyas copas desaparecían entre la bruma cenicienta. Sus troncos eran en realidad robustas raíces aéreas que se descolgaban desde lo alto como lianas. En uno de aquellos árboles espectrales la vio. Le pareció que era ella porque distinguió su camiseta malva con volantes de tul negro bordeando su escote. Estaba inerte sobre su asiento, encastrado entre dos ramas cerca del suelo,

pero no lo suficientemente cerca de él para alcanzarlo. Los pies desnudos de Malai colgaban inertes desde lo alto, su rostro parecía mirar hacia el cielo, porque tenía los ojos abiertos, pero no había ya vida en ellos. Sangre oscura en su boca. Estaba muerta.

Quiso intentar bajarla del árbol, para abrazarla, despedirse, repetirle las palabras de amor que le había dicho en vida, pero no podía hacerlo sin ayuda. Encerró la cara entre sus manos, deseando sucumbir él también, maldiciendo al destino que la había elegido a ella. Escuchó entonces unos lamentos, abrió los ojos, una mariposa de alas negras y amarillas revoloteó en torno a él unos segundos y se alejó ajena a su tragedia. Tuvo la esperanza fugaz de que aquellos gemidos que escuchaba fueran los de Malai, que aún le quedara un aliento de vida, pero ella seguía exánime entre las entrañas del árbol. En una mínima explanada que le había ganado terreno al bosque, vio entre las tinieblas la figura de una mujer sobre otro asiento clavado en el suelo. Eduardo se obligó a reaccionar. Era militar, debía recuperar el control, quizá pudiera salvarla, lo consideró su deber. Se arrastró hasta llegar a ella. La pasajera se estaba desangrando, tenía seccionada la vena femoral a la altura del muslo, farfullaba unas palabras que no entendía, le caía la cabeza sobre el pecho y babeaba una saliva espesa.

—*Do you speak English, madame?* —Era una mujer de mediana edad, aunque no lo sabía con certeza. Su rostro estaba cubierto de sangre y suciedad.

—*Spain, from Spain* —susurró ella casi sin resuello.

—¿Eres española? Yo también. Me llamo Eduardo. ¿Y tú? Ella pronunció su nombre en un suspiro: «Rita».

—Rita, escúchame, no te duermas —le pidió mientras, desde el suelo, se quitaba la camisa, la desgarraba más de lo que estaba y le hacía a ella un torniquete en el muslo. Lo ató y lo apretó con fuerza unos centímetros por encima de la herida y de la barra de hierro que le había seccionado la arteria y que, a la vez, la taponaba y frenaba así una hemorragia mayor.

—Mimi, Anabel, Tere... —musitó ella.

—Intenta mantenerte consciente, ¿de acuerdo? Pronto vendrán a ayudarnos. Ya se oyen las sirenas de las ambulancias —la tranquilizó; sí, por fin estaban llegando, se dijo con alivio y esperanza—. Háblame de ti. ¿De dónde eres?

—De Valencia. ¿Me estoy muriendo? —Pareció despertar de repente de su aturdimiento.

—No, claro que no.

—¿Es la femoral? —dijo ella, mirando su herida—. Paquirri el torero murió de lo mismo. No quiero...

—No pienses en eso, céntrate en seguir despierta. Vas a sobrevivir.

—Mimi, Anabel, Tere... —repetía los nombres como un mantra.

Cerró los ojos y se desmayó. Los abrió dos días después en la habitación de un hospital privado de Hat Yai, la populosa ciudad tailandesa de donde había despegado aquel avión que se estrelló a los pocos minutos de levantar su tren de aterrizaje.

Era el mes de abril de 2011. Rita y sus tres amigas habían viajado a Tailandia para realizar un retiro de cuatro días en Chiang Mai, la capital del antiguo reino Lanna, que aún conservaba sus trescientos templos budistas. Rita, Tere, Mimi y Anabel se habían conocido dos años atrás en una escuela de taichi de Aravaca, el barrio madrileño donde residían, uno de los más exclusivos de la capital. A las cuatro mujeres, ricas y ociosas, les apasionaba ese arte de la meditación en movimiento y la espiritualidad oriental, así que Rita las animó a vivir la experiencia de aquel retiro en Chiang Mai, la ciudad más importante del norte de Tailandia, si bien antes se regalaron una semana de vacaciones en el sur del país, en la pequeña isla de Koh Lipe, un paraíso con un calmo mar turquesa, playas de arena blanca y peces de colores nadando entre aguas cristalinas.

Posiblemente Eduardo y Malai se hubieran cruzado con Rita y sus amigas paseando por la isla, que podía recorrerse a pie. Malai había nacido en Chiang Mai. De allí se

fue siendo muy niña para emigrar a Europa con su familia, primero a Francia, finalmente a España, a Zaragoza. Eduardo y ella se habían enamorado dos años antes en un viaje en AVE desde la capital aragonesa a Madrid. Compartieron asiento. Él iba a hacer un curso avanzado de árabe en la Escuela de Idiomas del Ejército —se había familiarizado con el idioma durante una misión militar en Afganistán y quería perfeccionarlo—; ella viajaba para cursar un máster en programación informática de efectos especiales para el cine: a Malai le apasionaba crear mundos imaginarios en el ordenador. Al llegar a la capital ya se habían dado sus teléfonos. Antes de regresar a Zaragoza, cenaron y pasearon juntos por Madrid, felizmente aturridos por un amor que acababa de nacer; el mundo de uno lo llenaba completamente el otro. Se casaron un año después en la basílica del Pilar. A la salida del templo, los compañeros militares de Eduardo les hicieron un pasillo de sables entre pétalos de rosas. Después, la luna de miel en Tailandia, en aquella isla para enamorados. Una semana más tarde, la visita a la ciudad budista donde Malai nació. Y se subieron a aquel avión —un chárter para noventa turistas— que jamás llegaría a su destino.

La tómbola que es la vida repartió pocos números: sobrevivieron tan solo cinco personas, tres australianos y dos españoles: Rita y el joven militar. La cercanía del aeropuerto de Hat Yai al lugar de la catástrofe permitió que fueran atendidos con la rapidez que exigía la situación y así pudieron salvar sus vidas, no así sus almas, destruidas por la pérdida, ausentes de sus cuerpos.

Durante la semana de estancia en el hospital de Hat Yai, los dos supervivientes se buscaban el uno al otro, solo ellos entendían la magnitud de lo que les había ocurrido. A pesar de que el marido de Rita, Heliodoro, y la hermana de Eduardo, Jimena —ambos viajaron a Tailandia tras el accidente—, intentaban aportarles el necesario consuelo, nunca lo consiguieron. Eduardo y Rita no se perdonaban estar vivos y eso no lo podían explicar a los demás sin pa-

recer unos ingratos ante aquella milagrosa segunda oportunidad que les había concedido la vida. A Rita le habían suturado la arteria tras una transfusión de cuatro bolsas de sangre. La única secuela que le quedaría sería un pequeño déficit de irrigación sanguínea en la zona, una estenosis que únicamente notaría en la fatiga de la pierna si caminaba demasiado. A Eduardo, con menor fortuna, le tuvieron que reconstruir la rodilla con varias prótesis e injertos de ligamentos, lo que le apartaría para siempre del servicio operativo.

Un año después, el destino volvió a escribir unas líneas más en sus existencias. Era verano, era de noche, Rita Marí y Eduardo Molaro se disponían a cenar una fideuá con cigalas en el jardín de la mansión que ella poseía en Alassar, a pocos kilómetros de Valencia. Los dos desaparecieron sin dejar rastro.